



ARTÍCULO

Las mil y una metáforas en la narrativa colonial del Atlántico

Oswaldo Lorenzo Monteagudo. Sociólogo.
Universidad de La Laguna. Tenerife. Islas Canarias

Resumen:

El artículo centra su análisis en el contacto entre diversas “orillas” a través del viaje por los contornos del Atlántico como metáfora sociohistórica, así como la producción discursiva bajo el mapa eurocéntrico de la “colonialidad del poder”. Partiendo de la novela *El árbol del bien y del mal* (1998), en la que su autor Juan José Armas nos presenta un imaginario insular atlantista, ampliamos la perspectiva de los “injertos” a partir de ese caldero criollo de pueblos que baña las olas del mar Caribe.

Palabras claves: Océano Atlántico, mar Caribe, El árbol del bien y del mal, Canarias, Cuba.

Abstract:

The article focuses its analysis on the contact between different "shores" through the journey through the contours of the Atlantic as a sociohistorical metaphor, as well as the discursive production under the Eurocentric map of the "coloniality of power". Starting from the novel *The Tree of Good and Evil* (1998), in which its author Juan José Armas presents us with an Atlantic imaginary island, we extend the perspective of the "grafts" from that Creole cauldron of peoples that bathe the waves of the Caribbean Sea.

Keywords: Atlantic ocean, Caribbean sea, Canary Islands, Cuba.





He conocido y amado Cuba desde los días de una temprana y larga estancia mía en las islas Canarias. Para los canarios Cuba era la “tierra de promisión”, adonde iban los isleños a ganar dinero para retornar a sus nativas tierras de las laderas del Pico Teide a alrededor de la Gran Caldera, o bien arraigarse de vida en Cuba y sólo volver a sus patrias islas por temporadas de descanso, tarareando canciones cubanas, pavoneándose con sus modales y costumbres criollas y contando maravillas de la tierra hermosa donde señorea palma real, donde extienden su infinito verdor los cañaverales que dan azúcar y las vegas que producen tabaco (Prólogo de Malinowski. Citado en Ortiz, 1987: 3).

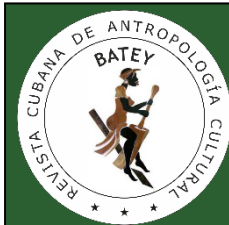
Sobre el muelle, como una pieza nada desechable de la máquina de desembarco, había un trío de estos encantadores nativos rasgueando una guitarra y sacudiendo dos grandes crótalos como de calabaza y golpeando madera con madera y voceando algunos gritos ferales que ellos deben llamar música. Como décor para la orquesta aborigen alguien había erigido una tienda al fresco donde vendían toda clase de frutos del árbol de la ciencia del turismo: castañuelas, abanicos pintados, los crótalos vegetales, palitos de música, collares hechos de conchas y cuencas de maderas y semillas, una mediocre menagerie sacada del tarro de un buey gris, y sombreros de paja dura y seca y amarilla: Tutti frutti (Infante, 2008: 201).

Introducción

Escribir como me propongo sobre “la genealogía colonial” en el contexto atlántico es un guiño, en cualquier caso, a ese “Ángel de la Historia” engarzado en los contornos filosóficos de Walter Benjamin (1998), que mira hacia atrás para desarticular los guiones crípticos que encierran las “situaciones coloniales”¹ (Mignolo, 1992, 2003) abordadas en el presente trabajo. En este sentido, el océano Atlántico se nos presenta como un extenso escenario geopolítico; donde confluyen en el vaivén de las olas caóticas discursos ideológicos atinados en lo que Aníbal Quijano definió como la “colonialidad del poder” (Martínez, 2011; Quijano, 2000), así como artefactos preñados de encuentros y desencuentros.

Por todo ello, iniciar un viaje de ida – vuelta desde la sociología histórica por la huella trasatlántica resulta en sí mismo, traspasar sucesivas fronteras líquidas imposibles de delimitar no sólo por sus discontinuidades geográficas, sino también por las yuxtaposiciones mestizas desbordadas entre las dos orillas del charco. Lo cierto es que, la expansión ultramarina más allá

¹ El razonamiento teórico propuesto por Walter Mignolo en su artículo “Semiosis colonial: la dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas” (1992) deja entrever, cómo esas “situaciones coloniales” que van desde la conquista del Nuevo Mundo tras el advenimiento de Cristóbal Colón, en 1492, hasta la emergencia de los movimientos nacionalistas a partir del siglo XIX (re)configuraron en las ciencias sociales el campo epistemológico “discurso colonial”.



del “Jardín de las Hespérides” a partir del siglo XVI, y por ende, el nacimiento del capitalismo apuntalado en la lógica mercantilista sentaron las bases para el llamado “sistema – mundo moderno/colonial” (Rojos, 1998; Wallerstein, 2011; Quijano y Wallerstein, 1992). En efecto, la posición geoestratégica de Canarias quedó inserta como cabeza de puente en la expansión atlántica de las encapsuladas potencias europeas, además de laboratorio para la conquista de América.

A Cristóbal Colón le bastó treinta y tres días para cruzar el océano Atlántico desde el archipiélago canario por entonces en proceso de colonización, hecho social que marcó un punto de inflexión para la conjugación entre la “modernidad” y la cara más perversa de este proceso histórico; es decir, la “colonialidad” (Mignolo, 2003:113 - 120). De esta forma, el viaje en busca del continente asiático navegando hacia el Oeste por un océano sin nombre, y a pesar del desconocimiento impuesto por la última frontera del mundo conocido *Non Plus Ultra*, dio inicio a una época de grandes descubrimientos geográficos. Así pues, la narración discursiva que se encuentra en las cartas del Almirante Colón a partir del contacto traumático con el “Otro – primitivo”, deja entrever cómo desde la epistemología eurocéntrica se fue construyendo la noción de las Américas. De hecho, Colón llamó a los nativos de la América insular “indios”, porque simple y llanamente, había llegado dentro de su imaginario cartográfico a la India. En palabras de Enrique Dussel, la imagen de Europa como centro del “sistema – mundo moderno/colonial” se tradujo en la “conciencia reflexiva de la historia mundial” (2000:149).

Entonces, el problema social sobre la definición de la “Otridad” terminó configurando, dentro de las fronteras coloniales, la categoría censal de “indio”, en tanto que esta codificación arbitraria se estableció sobre la entelequia somática de “raza” (Anderson, 2006: 229 – 238; Ortiz, 1996; Quijano, 2000a, 2000b). Pero incluso estando preso de su imaginación quijotesca tras creer encontrarse en las costas de Cipango, el relato etnográfico de Colón describe la subalternidad de los nuevos sujetos sociales comparándolos con los primigenios pobladores de Canarias según esta referencia: [...] “y ellos son del color de los canarios, ni negros ni blancos” [...] (Colón, 2008:23). En relación a ello, el análisis de Todorov nutrido por un interesante enfoque semiótico propone sobre la cuestión del encuentro colombino, el siguiente campo discursivo:

Colón, entonces, sabe perfectamente que esas islas ya tienen sus nombres, naturales en cierta forma (pero en otra acepción del término); sin embargo, las palabras de los demás le interesan poco y quiere volver a nombrar los lugares en función del sitio que ocupan en su descubrimiento, darles nombres *justos*; además, el dar nombres equivale a una toma de posesión (Todorov, 2003:35).



De ahí que bajo la dicotomía colonial “centro/periferia” (Fanon, 2009; Wallerstein, 2011); los conquistadores españoles, portugueses, ingleses, franceses y holandeses expandieron sobre la nueva geografía abigarrados sistemas coloniales basados en el control político de las poblaciones amerindias, además de la acumulación económica en beneficios de las metrópolis atlánticas. Sin duda alguna, la relectura postmoderna que realiza Antonio Benítez Rojo en su libro *La isla que se repite* (1998) explica las articulaciones entre los dos Mundos, a partir de la “máquina” de Colón desembarcada en las playas del Caribe. En términos de Benítez Rojo, las sucesivas modificaciones acometidas en la prístina máquina colonialista europea fusionó el océano Atlántico con el mar Caribe en un “meta – archipiélago descentrado”; esto es, una especie de mancomunidad con fuertes relaciones asimétricas:

Seamos realistas: el Atlántico es hoy el Atlántico (con todas sus ciudades portuarias) porque alguna vez fue producto de la cópula de Europa —ese insaciable toro solar con las costas del Caribe; el Atlántico es hoy el Atlántico —el ombligo del capitalismo— porque Europa, en su laboratorio mercantilista, concibió el proyecto de inseminar la matriz caribeña con la sangre de África; el Atlántico es hoy el Atlántico —NATO, World Bank, New York Stock Exchange, Mercado Común Europeo, etc.— porque fue el parto doloroso del Caribe, su vagina distendida entre ganchos continentales, entre la encomienda de los indios y la plantación esclavista, entre la servidumbre del coolie y la discriminación del criollo, entre el monopolio comercial y la piratería, entre el palenque y el palacio del gobernador; toda Europa tirando de los ganchos para ayudar al parto del Atlántico: Colón, Cabral, Cortés, de Soto, Hawkins, Drake, Hein, Surcouf (Benítez Rojo, 1998).

El encuentro con el Nuevo Mundo posibilitó una válvula de escape demográfica a través de los flujos migratorios para una Europa envejecida y empobrecida, expandiéndose otrora bajo los presupuestos capitalistas, la navegación y el comercio triangular. Por supuesto, los nudos transcontinentales a sazón de las oleadas migratorias con destino a América desde las regiones de España donde la escasez de trabajo era la tónica dominante se convirtió en acicate dentro del colonialismo para el tránsito de instituciones culturales, económicas y políticas (Appadurai, 2001; Clifford, 1997; Gilroy, 1993; Ortiz, 1987). En el vaivén de la empresa colombina, el advenimiento de los contingentes migratorios europeos como agentes colonizadores constituyeron nexos para el reajuste de las estructuras burocráticas de Occidente por las rutas del Atlántico. En este sentido, encuéntrase, desde los emergentes centros de poder la producción profusa de “conocimiento(s) situado(s)” (Haraway, 1995) al servicio de las ideologías coloniales. Dicho esto, la construcción de nuevas categorías sociales, tales como “primitivo/civilizado” “colonia /metrópoli” que, si bien se inscriben en el contexto filosófico cartesiano, terminaron dando una vuelta de tuerca para la reconfiguración de un nuevo orden geopolítico mundial marcado por las relaciones internacionales hegemónicas.

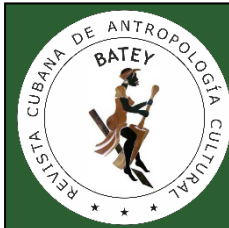


De modo que con la conquista de la isla por parte del comendador Diego Velázquez de Cuéllar, miles de españoles se asentaron en Cuba tomando posesión de extensas y ricas tierras. Con el arribo del blanco europeo llegó el negro africano entre grilletes al sistema de plantación cañero (Moreno Friginals, 1999, 2001). Asimismo, el proceso de conquista y colonización vino acompañado por una drástica caída demográfica de la población indígena. La nueva interpretación de la historiografía cubana impresa por Alejandro de la Fuente en el libro *Historia de Cuba* (2009), analiza que la alta tasa de mortandad entre la comunidad aborigen no sólo fue resultado del trabajo forzado, sino más bien a la introducción de agentes patógenos como la viruela por los europeos. La tesis argüida por Alejandro de la Fuente en esta compilación de ensayos, despeja los tradicionales tópicos acerca de la simbología del “indio” como sujeto social tras los debates suscitados por la Escuela de Salamanca, que terminaron revocando las engorrosas leyes del sistema de encomienda (De la Fuente, 2009: 17 - 28).

Mientras tanto, los efectos contraproducentes que acabaron con la estructura demográfica de la población indígena y, por otro lado, el creciente poblamiento de una diáspora europea en la isla expandieron nuevas formas culturales a través de la disposición social del espacio físico. De hecho, el bohío taíno fue sustituido a diestra y siniestra por esa “violencia simbólica” circunscripta en el palacio hispanoamericano. De ahí que la huella de una arquitectura colonial dislocada superpone los códigos del barroco español por las calles de La Laguna, así como en las plazas de La Habana, Santo Domingo y Cartagena de Indias. Es decir, las ciudades portuarias del Atlántico se volcaron por medio de esa red rizomática que trajo consigo el sistema de flotas de indias con las ciudades del Caribe, y viceversa. La metáfora propuesta por James Clifford sobre “la construcción de viviendas fuera de casa” (1997: 244) a partir de los intrincados contactos transculturales, nos ayuda a comprender el desarrollo urbano de las ciudades del Caribe como proyecto seminal de Europa.

El árbol del bien y del mal que se (re)pite por el Atlántico: una metáfora de los injertos culturales.

El trasiego singular desde las islas Canarias con ese crisol caribeño caracterizado por Antonio Benítez Rojo en su novela *Sea of Lentils* (1991), representa por antonomasia la diversidad cultural producto del mestizaje entre indígenas, europeos y esclavos africanos. Asimismo, el poema en octava rima del canario Silvestre de Balboa *Espejo de paciencia* (2011) se ubica como el primer texto literario escrito en la isla de Cuba, dando origen a la literatura criolla. Pero no es menos cierto que la intención de Silvestre de Balboa en su poema épico fue más bien reflejar la naturaleza de islas sin fines en el espacio atlántico – caribeño, a través de ese espejo de Cuba que es Canarias. En 1939, la disquisición presentada por el antropólogo Fernando Ortiz en la Universidad de La



Habana sobre “Los factores humanos de la cubanidad” no hace referencia directa, más allá del término *aplatanados* (1996: 5. Cursiva del original), a los ricos aportes culturales de los isleños canarios en la inclusiva nación cubana. Sin embargo, el prólogo bien logrado que ofrece Malinoswki en el clásico de Ortiz *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1987:3 - 10), es un ejemplo de los intrincados lazos de hermanamientos canario – cubanos (Galván y otros 1997).

La historia del fenómeno sociológico de la “transculturación” (1987:92 - 97) analizada por Ortiz sobre dos productos básicos en la economía de Cuba, tales como la caña de azúcar y el tabaco es, sin duda alguna, profundizar en el proceso de creación de la cultura cubana como identidad. Pero curiosamente la caña de azúcar fue llevada al Caribe desde las islas Canarias por el Almirante en su segundo viaje. En segundo lugar, los colonos isleños jugaron un papel decisivo como vegueros en el cultivo del tabaco cubano, además de tratarse de un grupo étnico protegido por las leyes migratorias a partir de la biopolítica “de blanquear a la población” cubana frente a la amenaza negra de la Revolución haitiana.

La metáfora ecológica de gran riqueza estética ubicada en el centro de la novela de Juan José Armas Marcelo *El árbol del bien y del mal* (1998), engarza como cordón umbilical las dos orillas del charco. Pero el árbol mítico que retoña en la casa propiedad de esa genealogía ilustre en la imaginaria ciudad de Salbago es, ante todo, un bricolaje de productos criollos inacabados donde “don Francisco de Rejón había logrado resucitar después de complicados injertos aprendidos durante sus viajes a La Habana y a Santo Domingo” (Armas Marcelo, 1998: 56). En adelante, el escritor isleño pone en contexto a través del lente de su novela la emergencia de las llamadas “comunidades criollas” (Anderson, 2006:81) en los alrededores de Salbago. Con ello, el patriarca Francisco de Rejón a pesar de su descontento con el tratamiento político de Madrid en los asuntos de la independencia del Caribe hispano, deja entrever las particularidades en el proceso de colonización del archipiélago canario.

Es decir, las islas Canarias aun tratándose de un territorio de ultramar colonizado, sus leyes administrativas se encontraban adscritas al Consejo Real de Castilla, en tanto que las colonias americanas se regían por el Consejo de Indias. De otro lado, la fragmentación de Canarias al tratarse de un espacio insular, así como el régimen económico especial librecambista refrendado con la “Ley de Puertos Francos” en el siglo XIX articuló los intereses de las élites isleñas con la Península (Macías Hernández, 2010). En cambio, el Nuevo Mundo quedó excluido de este estatuto mercantil, mientras que la Casa de Contratación de Sevilla tenía el monopolio de comercialización con los productos de las colonias americanas. No obstante ello, la experiencia americana de Secundino Delgado acercándose a la lucha independentista de los cubanos, además de su

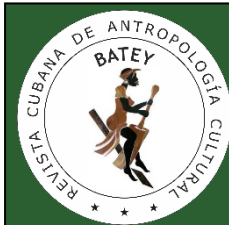


participación activa en el movimiento tabacalero de Tampa lo lleva a plantear tras su exilio en Caracas la independencia de Canarias. En 1930, el Partido Nacionalista Canario como proyecto político se funda en La Habana.

En cualquier caso, la profusa obra de José Martí como “intelectual periférico” (Mignolo, 2003:188) es un esfuerzo sistemático por proyectar las liliputienses repúblicas de América Latina en el nuevo escenario internacional, contexto marcado por la hegemonía de los Estados Unidos. En su lucha por la independencia de la isla de Cuba, Martí jalona el “océano Atlántico” para romper cualquier nexo en esa relación encontrada entre colonia – metrópoli (1979: 27 - 38). En otro texto, José Martí, hijo de una canaria emigrada a La Habana, reconoce *in extenso* sobre la contribución de los isleños canarios en los asuntos nacionales de Cuba, lo siguiente:

[...] ni es raro que el hijo de las Canarias, mal gobernado por el español, ame y procure en las colonias de España la independencia que por su cercanía, variedad de orígenes, y falta de fin bastante, no intenta en sus propias islas. Míseras viven, sin el regalo y alegría con que pudieran, las poéticas Canarias; y no creía bajo español aquella volcánica naturaleza más que campesinos que no tienen donde emplear su fuerza y honradez, y un melancólico señorío, que prefiere las mansas costumbres de su terruño a la mendicidad y zozobras de la ingrata corte. ¿Qué ha de hacer cuando ve mundo libre un isleño que padece del dolor de hombre, que no tiene en su tierra nativa donde alzar la cabeza, ni donde tender los brazos? Del bien raíz suele enamorarse el hombre que ha nacido en la angustia del pan, y cultivó desde niño con sus manos la mazorca que le había de entretener el hambre robusta. Por lo que ha salido el isleño común, que mientras no se le despierta su propia idea confusa de libertad, atacan, más que auxilian, a los hijos de América que quienes el gobernante astuto les pintaba el enemigo de su bien raíz. Pero no hay valla al valor del isleño, ni a su fidelidad, ni a su constancia, cuando siente en su misma persona, o en la que de los que ama, maltratada de justicia o que sordamente, o cuando le llena de cólera noble la quietud de sus paisanos. ¿Quién que peleó en Cuba, dondequiera que pelease, no recuerda a un héroe isleño? ¿Quién de paso por las islas, no ha oído con tristeza la confesión de aquella juventud melancólica? Oprimido como nosotros, los isleños nos aman. Nosotros, agradecidos, los amamos (Martí, 1975: 423 – 424).

Lo cierto es que, las luchas nacionalistas de finales del siglo XIX sentaron las bases para la formación de centros anticoloniales en la periferia del sistema – mundo. Entonces, una corriente de jóvenes criollos que salen a estudiar en las principales instituciones de Europa rompen con la tradición cientificista de la intelectualidad metropolitana subvirtiendo, para ello, las estructuras coloniales. La novela anticolonial *El Filibuterismo* (2007) del nacionalista filipino José Rizal, denuncia desde el primer capítulo por medio de la metáfora del barco, la situación política impuesta por las autoridades españolas sobre el dominio de la perla del mar de Oriente. La imagen del barco representa más bien los distintos grupos étnicos en la organización de una sociedad



colonial que compiten entre ellos por los recursos (Rizal, 2007: 1 - 10). En el artículo “Mi raza” (1979:109 - 112), José Martí formula ante la disrupción discursiva en torno al binomio somático blanco/negro una conciencia nacional de “cubano”. El amplio análisis que presenta Anderson en su libro *Bajo tres banderas: anarquismo e imaginación anticolonial* acerca bajo el concepto de “nómadas” (2008: 12), la novela política de José Rizal con la experiencia del movimiento independentista de Cuba coordinado por Martí. De hecho, Rizal sitúa en *El Filibusterismo* al joyero filipino Simoun en la insurrección armada de los cubanos (2007:310). La simultaneidad de una narrativa periférica en la urdiembre de poemas tales como *La Borinqueña* (1868) de Lola Rodríguez de Tió; la épica patriótica *Abdala* (1869) de José Martí, *Mi último adiós* (1896) de José Rizal, así como *Mi Patria* (1897) de Secundino Delgado terminaron moldeando los movimientos nacionalistas contra una España venida a menos en el sistema internacional.

De manera que proponer un debate en las coordenadas del discurso colonialista en el escenario Atlántico pasa, entonces, por incorporar nuevas orillas como buscaba Colón en su primer viaje. Por ejemplo, los aportes teóricos que se desprenden de la escritura de Ranajit Guha sobre la historiografía colonial de la India dieron lugar a la colección de los *Estudios Subalternos* en el sur de Asia. La propuesta de Guha a partir de “la producción de los archivos coloniales” (1988, 2002) se trata de una atinada lectura epistémica de Foucault (2006) acerca de la discursividad “poder – saber”. En efecto, la revisión historiográfica que realiza Rajanit Guha es una apuesta en todo momento por situar en el centro del debate “las voces olvidadas de la sociedad civil colonizada” (2002: 17 – 32), rescatando a través de la genealogía de los “grupos subalternos” el enorme edificio teórico de una de las voces olvidadas por la academia occidental; es decir, Antonio Gramsci (2005: 491- 493).

Según Guha, “la incapacidad histórica de la nación para realizarse a sí misma” en el contexto poscolonial (1988:35), subyace en las interpretaciones nacionalistas enunciadas por las ideologías coloniales. Dentro de las consideraciones finales, destacamos otrora, que el debate sobre la subalternidad en América Latina se ensancha con la (re)conceptualización de las estructuras dicotómicas reticuladas en las narrativas del Estado – nación. En esta línea, el programa teórico – fronterizo presentado en el marco del *Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos* centra su atención en el reconocimiento de los grupos excluidos en los procesos históricos latinoamericanos, revirtiendo con esta mirada al revés el canon historiográfico hecho a la medida de las élites criollas.



Bibliografía

Anderson, Benedict 2006. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de la Cultura Económica, México.

Anderson, Benedict, 2008, *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial*, Ediciones Akal, Madrid.

Appadurai, Arjun, 2001. “Dislocación y diferencia en la economía global”, en *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Fondo de la Cultura Económica, Buenos Aires, cap. 2, pp.1 – 31.

Armas Marcelo, Juan José, 1989, *El árbol del bien y del mal*, Biblioteca básica de Canarias, Madrid.

Balboa, Silvestre, 2011, *Espejo de paciencia*, Linkgua ediciones, Barcelona.

Benjamin, Walter, 1998, *Iluminaciones*, Taurus, Madrid.

Benítez Rojo, Antonio, 1991, *Sea of Lentils*, University of Massachusetts Press.
1998, *La isla que se repite*, Casiopea, Barcelona.

Bourdieu, Pierre, 1999, “Efectos del lugar”, en Bourdieu, Pierre (ed.), *La miseria del mundo*, Ediciones Akal, Madrid.

Cabrera Infante, Guillermo, 2008, *Tres tristes tigres*, Editorial Seix Barral, Barcelona.

Colón, Cristóbal, 2008, *Diario de a bordo I*, Linkgua ediciones, Barcelona.

Clifford, James, 2006, *Routes: travel and translation in the late twentieth century*, Harvard College.

De la Fuente, Alejandro, 2009, “Población libre y estratificación social, 1500 – 1770, en Naranjo

Orovio, Consuelo (ed.), *Historia de Cuba*, Ediciones Doce Calles y CISC, Madrid, cap. 1, pp. 17 – 28.





Dussel, Enrique, 1999, “Más allá del eurocentrismo: el sistema-mundo y los límites de la modernidad”, en Castro – Gómez, Santiago, Guardiola – Rivera, Oscar y Millán de Benavides, Carmen (eds.), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, CEJA, Bogotá, pp. 147 – 161.

Fanon, Frantz, 2009, *Piel negra, máscaras blancas*, Ediciones Akal, Madrid.

Foucault, Michael, 1997, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México D.F, Buenos Aires, Madrid.

Galván Tudela, J. A., 1998, “El ajiaco: Metáfora culinaria de la cubanía (A propósito de la inmigración canaria a Cuba: 1880-1930)”. Las Palmas, *Actas del VIII Coloquio de Historia Canario-Americana*, pp. 2621-2639.

Galván Tudela, J. A (Ed), 1997, *Canarios en Cuba. Una mirada desde la Antropología*. Santa Cruz de Tenerife, Museo Etnográfico del Cabildo Insular.

Gilroy, Paul, 1993, *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*, Harvard University Press, Cambridge.

Gramsci, Antonio, 2005, *Antología*, Siglo XXI, México D.F, Buenos Aires.

Guha, Ranajit, 2002, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Editorial Crítica, Barcelona.

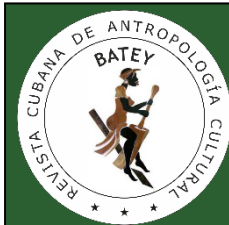
Haraway, Donna J., 1995, *Ciencia, ciborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, Ediciones Cátedra, Madrid.

Macías Hernández, Antonio M. 2010, “Canarias, 1800 – 2000: la singularidad de la historia económica isleña”, *Revista Historia Contemporánea*, núm. 42, pp. 225 – 259.

Martí, José, 1975, *Obras Completas*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, tomo 4, pp. 423 – 424.

1979, *Prosa política y social*, Editorial Argos Vergara, Barcelona.





Mignolo, Walter, 1992, “Semiosis colonial: la dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas”, en Rose de Fuggle, Sonia (ed.), *Discurso colonial hispanoamericano*, Editions Rodopi, Amsterdam, cap.1, pp. 11 – 27.

2003, *Historias locales/diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Ediciones Akal, Madrid.

Moreno Fragnals, M., 1999, *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Editorial Crítica, Barcelona.

2001, *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar*, Editorial Crítica, Barcelona.

Ortiz, F., 1987, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.

1996, “Los factores humanos de la cubanidad”, Fundación Fernando Ortiz, Ediciones Unión, Ciudad de La Habana, pp. 1 – 35.

Disponible en <http://es.scribd.com/doc/38416038/F-Ortiz-Los-factores-humanos-de-la-cubanidad>. Consultado el 10 de abril de 2012.

Todorov, Tzvetan, 2003, *La conquista de América: el problema del otro*, Siglo XXI, México D.F.

Quijano, A.; Wallerstein, I., 1992, “America as a Concept or the Americas in the Modern World-System”, en *International Journal of Social Sciences*, No. 134, París, UNESCO-ERES, November, pp. 617-627.

Quijano, Aníbal, 2000^a, “Colonialidad del poder y clasificación social”, *Journal of World – Systems Research*, Vol. VI, 2, Summer/Fall, pp. 342 – 386.

2000b, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Lander, Edgardo (ed.), *Colonialidad del Saber, Eurocentrismo y Ciencias Sociales*, CLACSO-UNESCO, Buenos Aires, pp. 201 - 246

Wallerstein, I. 2011, *The Modern World – System II. Mercantilism and the Consolidation of the European World – Economy, 1600 – 1750*, University of California Press, California.

